

~~~~~

NOCHE TERCERA.

—o—

A las seis de la tarde, continuó el señor de Fermont, Manuel me introdujo en el recinto del Temple, en ocasión que se estaban empezando los trabajos de su fortificación. El foso, que debía tener su puente levadizo, estaba ya delineado y en parte abierto. Encontramos un tropel de gente curiosa que rodeaba la torre, mirando con ansia por si podía descubrir á los presos. El dolor y la compasión se manifestaban en todos los semblantes, excepto en los de los guardias esteriores, que eran fieros y amenazadores, y cuyas palabras correspondían á su aspecto formidable.

Los del interior, puestos de dos en dos á cada una de las tres puertas,

sobresalían aun mas en fiereza: eran unos gastadores agigantados y velludos, con sus gorras de pelo, la hacha al hombro, y un manojo de llaves á la cintura, pues hacían el oficio de carceleros. La presencia del síndico, á cuyas órdenes estaban, suavizó algun tanto sus voces desentonadas y sus miradas siniestras.

Mientras se preparaban los cuartos de la torre mayor para la familia real, estaba alojada en los de la pequeña. Ocupaban el segundo piso las princesas y el príncipe real, y el tercero el rey. Subimos á este, y entrando Manuel delante, le seguí á corta distancia.

Una obrita interesante que estaba leyendo madama Isabel, tenía embargada la atención de toda la familia. Luis XVI, con su hijo sobre la rodilla, miraba tiernamente á la princesa: la reina se sonreía con su hija, ocupada



en su labor, y le hacía seña de que callase; y Clery en pié detras de la silla del rey, contemplaba con respeto el cuadro de una familia despenada del trono á la cárcel.

El ruido de la puerta y nuestra llegada interrumpieron la lectura. El príncipe volviendo la vista hacia nosotros, me conoció inmediatamente, y gozoso en extremo, saltó de la rodilla de su padre gritando: *el abate Fermont*. Luis XVI atónito, apénas lo acababa de creer, y las princesas no quedaron ménos admiradas.

Sí, cierto, señor, dijo Manuel acercándose: este es uno de los amigos mas fieles de V. M., y viene á tributarle su rendimiento y la oferta de sus servicios. — El rey quiso levantarse, me alargó la mano, y me manifestó la satisfaccion que le causaba mi visita. La reina y la sensible Isabel se mostraron igualmente complacidas.

SS. MM. tuvieron la curiosidad de saber cuáles habían sido mis aventuras, y luego que la satisface, la conversacion se fué encaminando insensiblemente hacia su objeto principal, hasta que Manuel propuso al rey entrar en su gabinete para ventilar el punto sin contingencia. Apénas empezó el síndico á entablar el asunto, el rey exigió que se llamase á la reina. Manuel, que había podido desentrañar su carácter, temió que su altanería no se había de allanar á ninguna composicion, y podría malograr todo el plan; pero como Luis, acostumbrado á no deliberar sobre asunto de entidad sin la asistencia de su esposa, insistiese en su proposicion, fué preciso que entrase. El magistrado fué esponiendo el objeto de nuestro encargo.

Empezó mañosa y diestramente á sentar por principio, que la debilidad de carácter iba por lo regular herma-



nada con la bondad del corazón, y así elogiando esta última prenda, zahería su compañera. Probó en seguida, que si esto no era de gran trascendencia en un particular, el caso variaba mucho en un hombre público, y en especial en el primero del estado. Despues de haber deducido de este raciocinio ejemplos generales, fué preciso venir á parar á las aplicaciones particulares, y debo decir en honra de su corazón y de su talento, que Manuel tratando un punto tan delicado, lo hizo con una cordura, un miramiento y una destreza incomparables, pues suavizó con la finura de sus espresiones la fuerza de la sustancia, conservó con un ilustre desventurado todo el acatamiento propio de las almas sensibles, y no pudiendo respetar la corona en una frente que ya no la llevaba, respetó á lo ménos la señal que había dejado. En fin, procedió con Luis xv

como un cirujano diestro con un hombre mal herido, que apenas pone las manos en la llaga, y aun templá los dolores con calmantes.

Estaba el rey escuchando con suma atención, y aun se mostraba en su semblante sereno una aprobacion continua; pero el de la reina por el contrario era todo impaciencia: el enojo reconcentrado y la sensibilidad en estremo conmovida se manifestaban sucesivamente, ó mas bien, á un mismo tiempo. Pero cuando Manuel acabó de pronunciar la palabra *abdicacion*, el rostro de María Antonieta se mudó de repente: á la suma palidez sucedió un encendimiento total, y el orgullo de los Césares se descubría reunido en sus cejas arqueadas y en sus labios desdeñosos. Un relámpago fué la primera mirada que echó á Manuel, el cual enmudeció y bajó los ojos.

El rey rompió entónces el silencio,



y dijo suspirando: ¿Con que en fin la suerte está echada? ya no me quieren: el heredero de sesenta y cinco monarcas va á ser vasallo. Antes morir, exclamó la reina dando una fuerte patada en el suelo: ¿de qué sirve la vida, cuando se ha perdido el honor?

Oíla susurrar algunas palabras en voz baja, y pronunciar claramente el nombre de *María Teresa*, cotejando sin duda la valentía de aquella soberana con la debilidad de Luis.

No, señora, dije entónces: ni vuestra vida peligrá, ni el honor está perdido. Cuando le hace frente la opinión, se retira á lo íntimo del corazón, esperando que pueda todavía dar leyes desde aquel santuario. Pero es tal el apuro de las circunstancias, que para resguardarlo, hay que aparentar que se desecha. La renuncia del rey no puede ser sinó un paso de precaucion, y no será durable. ¿A quién persuadirán

que sea un acto de su albedrío, habiéndolo hecho con grillos? Por otra parte, señora, se trata de conservar la vida á vuestro augusto esposo, de afianzar la corona en vuestro hijo, y de proporcionaros á vos y á vuestra familia la seguridad y el sosiego. ¿Titubearéis en hacer un sacrificio momentáneo, y querréis haceros cómplice, por decirlo así, de los que conspiran contra vos?

Añadí otras varias razones, que Manuel fué esforzando con su acostumbrado talento. No tardó Luis en darse á partido, resignándose á deponer el cetro por conservarlo á su hijo. Quizas se hizo cargo de que fuese la que quisiera su decision, estaba en manos, ó del partido que iba á destruirle, ó del que no trataba sinó de humillarle; y en esta alternativa prefirió las condiciones que le imponía el uno, al cadalso que le preparaba el otro. La reina des-



pues de haber proferido aquellas expresiones, calló por desprecio, y se salió del gabinete.

Quando el rey se vió solo con nosotros, pagó á la debilidad humana su tributo de lágrimas. El cielo me oye, dijo: no me duele la corona, ni sus prerogativas, ni su pompa. Tiempo hace que aprendí á reducirlo todo á sus verdaderos quilates, y bajo la brillante diadema he hallado agudísimas espinas; pero verme desechado de un trono honrado por mi abuelo Enrique *el Grande*, como si fuese incapaz, por ineptitud ó por mala intencion, de contribuir á la felicidad pública, esto es lo que lastima mortalmente mi corazon. Estoy léjos de mencionar como un mérito, el haber desempeñado las obligaciones de mi empleo; pero en diez y ocho años ¿no he estado haciendo cuanto bien he podido? ¿no he atajado, ó castigado cuantos males han

llegado á mi noticia? Desde el dia de mi coronacion descargué á este pueblo, que siempre llamaré mio por el cariño que le profeso, del impuesto por la exaltacion al trono, persuadido de que solo así haría verdaderamente bendecir el principio de mi reinado; y no queriendo que infames tormentos arrancasen á los reos calumnias contra sí mismos, he sustituido á las cruces y á los potros los medios de la halagüena persuasion. Si las colonias, oprimidas por la avaricia de su metrópoli, quieren sacudir el yugo y se abalanzan á la libertad, favorezco, como heredero de las máximas de mi padre, á aquella nacion generosa, la ayudo á colocarse entre los imperios del mundo, y agradeida á la proteccion, á los ausilios y á los servicios que le había dispensado, la América independiente pone mi imágen entre las de Francklin y de Washington. ¿En qué atraso, ó por



mejor decir, en qué aniquilamiento se encontraba la marina á la muerte de Luis xv? me atrevo á decir que la he regenerado. He suprimido el derecho cruel de manos muertas, que aun subsistía, á pesar de la piedad del siglo anterior y de la filosofía del presente. Al eco de mi voz, los esclavos del Monte-Jura han quedado atónitos de verse otra vez hombres. Abjurando las máximas despóticas, he sido el primero de los reyes que ha reconocido de hecho la soberanía nacional, y la obediencia que debe el monarca á las leyes. He dado cuenta al pueblo de mi administracion; he llamado á sus representantes á mi lado; me he puesto en medio de él, como un padre que se rodea de su querida familia; y en cuanto he podido, he tomado por modelos á Antonino, á Enrique iv y á mi padre. Sin embargo, en pago de este cariño, hace cuatro años me están lle-

nando de amarguras: traspasan mi corazón por la parte mas delicada, achacando á la reina los designios mas odiosos. Los mismos, á quienes he puesto en libertad, me cargan de cadenas, degüellan á los que no han cometido la cobardía de desampararme, ó la perfidia de venderme; y el término de tantas maldades es derribarme del trono, el cual á la verdad no podía yo realzar con grandes virtudes ó un talento eminente; pero á lo ménos era mi ánimo convertirlo en ara de la felicidad pública. —

Luis pronunció este razonamiento, que yo he referido solo en sustancia, con el acento mas patético, acompañado de algunas lágrimas. O inconstancia de las cosas humanas! decía yo, al oírle y contemplarle. Este es el monarca, no ha mucho tan poderoso y reverenciado, que desde el alto alcázar de donde dictaba leyes, ha sido sepulta-



do en una torrecilla lóbrega , donde recibe las que quieren imponerle. Una silla humilde sustituye su trono, y un vestido llano la púrpura soberana; y el que mandaba á veinte millones de hombres , apénas hallaría uno que quisiera obedecerle.

Manuel le contestó que el rápido torrente de los nuevos acontecimientos había hecho desaparecer la memoria de sus acciones; pero que amainaría, y entónces el reconocimiento y la verdad recobrarían sus derechos, que á la sazón estaban atropellados. No malogréis, señor, añadió el síndico, no malogréis la proporcion que me suministra mi destino, el cual debo luego dejar para entrar en la Convencion. Voy á noticiar á mis delegantes la decision de V. M., bajo el supuesto de que mañana tendréis á bien firmar la correspondiente acta auténtica; y entre tanto el señor de Fermont quedará

aquí, á fin de acordar los medios mas eficaces para afianzar vuestro sosiego, vuestro honor y el de vuestra familia.

Ahora que estamos solos , dijo la reina despues de haber salido Manuel, y de haber vuelto nosotros al cuarto del rey, donde estaba el príncipe y princesas; manifésteme Vd. su opinion sin rebozo acerca del proyecto que nos acaban de proponer. ¿Lo halla Vd., no digo admisible, sinó compatible con nuestro carácter y gerarquía? — Señora, respondí, si solo considerase este proyecto por sus apariencias, sería del dictámen de V. M. en desecharlo; pero juzgo que debe admitirse en la coyuntura actual, por cuanto lo miro como un preparativo y como un medio para poder conseguir otras cosas mas difíciles. — Tambien lo considero yo bajo este aspecto, dijo el rey, y solo en ese concepto le doy mi beneplácito. — De qué se trata?



preguntó madama Isabel. — De sustituir, respondió la reina, á la potestad legítima de los monarcas de la sangre de san Luis no sé qué poder arbitrario, muy semejante al de los antiguos mayordomos de palacio, miéntras que algun nuevo usurpador reinará en lugar de vuestro hermano; pues el asunto es tenerle á pupilage, preso y pelado en un convento. — Las cosas, interrumpió Luis xvi, no están en ese extremo; pero en este punto si yo me desentendiera del partido que me proponen, ¿á cuál nos inclinaríamos? — Al de morir ó reinar, replicó la reina con una altanería arrebatada: no hay medio en esta alternativa para quien ciñó sus sienes con la diadema. En cuanto á mí, que menosprecio los Clodoveos, Chilpéricos y demas reyes haraganes, desdoro de la primera casta, desde ahora sigo la conducta de Carlos 1<sup>o</sup>. Fué desgraciado; pero grande

aun en la desgracia, ostentó los timbres del solio hasta en el mismo cadalso, perdiendo la cabeza con la corona. Ese es el dechado de los reyes abatidos; y ¿no os esforzaréis á imitarle? — Qué me aconsejáis? preguntó Luis suspirando. ¿Con que por el interes, ó sea la gloria y la suerte de una familia, hay que dar al traves con el estado? ¿No me ha de imputar el Altísimo la sangre derramada en esta causa? — ¡Ay, hermana, exclamó Isabel penetrada del mas vivo dolor, demasiada se ha derramado ya! ¿No queda un trono bien pagado con la que derrame un hombre solo por defenderlo? — Qué principios! qué lenguaje! qué apocamiento! exclamó Antonieta. ¿Cómo se ha equivocado la fortuna en colocar al uno de vosotros en el trono, y al otro en el escalon inmediato! ¿Cuánto mas valiera que hubieseis nacido en una choza tranquila, para gobernar



tímidos rebaños! A lo ménos aquellos no se rebelan, ni su caudillo necesita esfuerzo ni resolucion. O cielos! un lóbrego calabozo encierra á los descendientes de san Luis y de Enrique iv; indignas esposas oprimen las manos imperiales de la hija de los Césares; y la Francia y la Alemania lo toleran! la Europa trémula calla! ; Con que estamos reducidos á nosotros mismos, y solo ños quedan algunos de los muchos caballeros que dependen de nuestra suerte! Empleemos pues los cortos medios que nos restan, y que sabremos engrandecer con nuestros arbitrios. De las impurezas de la sociedad turbulenta han salido á luz nuestros perseguidores, y el cielo ha puesto á su mismo lado nuestros amigos. Por mano de unos destruiremos á los otros, y así desde esta torre nos franquearemos el camino para recobrar el trono. —

Luis xvi pidió á su esposa la esplicacion de su plan. Este es, respondió, tan sencillo en sus principios como en sus medios, y quedará demostrada su utilidad por la grandeza de los resultados. — Pero queriendo el rey que se retirasen ante todo sus hijos: no, que se queden, dijo la reina; la desgracia ha hecho á mi hija reservada; y en cuanto á mi hijo, añadió tomándole en brazos y besándole con ternura, me complazco de que mis ideas vayan naciendo tan temprano en su cabeza. Destinado á reinar en tiempos de revolucion, debe conocer cuanto ántes y muy anticipadamente á los hombres, y aprender á rastrear los acontecimientos. ; Ay de nosotros, que por no haber desentrañado esta ciencia sublime, gemimos ahora en una prision!

La reina iba á entrar en el pormenor de su proyecto, cuando se nos



presentan dos comisarios municipales con sus bandas tricolores. Señor, me dijo el uno adelantándose hacia mí, aunque bajo la palabra del síndico esté Vd. autorizado para permanecer aquí, sin duda no pensará dormir en este sitio: se le ha preparado pues á Vd. un cuarto en el piso bajo, á donde tendrá á bien seguirme.

La familia real se separó; la reina, su cuñada é hijos bajaron al segundo piso donde vivían; Clery los acompañó, y volvió luego á ponerse á las órdenes de su amo. A mí me condujeron á una sala húmeda y desmantelada, donde encontré una cama grande y antigua, en que me acosté.

Estoy muy ageno de dar crédito á las visiones y sueños: sin embargo, la estrañeza de uno que tuve aquella noche, se me impresionó entónces sobre manera, y me ha asombrado mas todavía, cuando he visto que los acon-

tecimientos le han sido en parte conformes.

Apénas me recogí en el lecho, me creí arrebatado á un gran bajel, cuya cubierta estaba llena de pasajeros de ambos sexos, de todas edades y de todos estados. La zozobra y la consternación se manifestaban en todos los semblantes, y vi algunas mugeres que ocultaban medrosas y trémulas en su seno las cabezas de sus hijuelos. Acerquéme á un anciano, cuyo aspecto plácido y agradable llamaba la atención é infundía respeto, y le pregunté, cuál podía ser la causa de la agitacion que notaba en todos los rostros: Me miró como absorto, y me respondió: por esa pregunta se echa bien de ver que es Vd. estrangero, y que entra por primera vez en esta embarcacion. Miré Vd. al rededor, y se impondrá en la causa del desasosiego general. — Miré al cielo, y lo vi cubierto de nubarrones, 16-



bregos por el centro y aplomados por las orillas, cuya horrible estension ceñía el horizonte, y solo á lo léjos se divisaba un claro azulado; pero aquel viso de bonanza estaba muy remoto, y la tormenta sobre nosotros. Al tender la vista por el mar que nos cercaba, me parecía que sus aguas ya turbias estaban surcadas por largas listas de sangre, y que sus olas arrollaban miembros dispersos. Lo que le asusta á Vd., me dijo el anciano, no es sin embargo sinó el anuncio de lo que nos amenaza, si la borrasca sigue; y si no, mire Vd. los semblantes del piloto y marineros. Levanté los ojos y los fijé en el timon. Un marinero de mediana estatura lo asía con su diestra, y con la izquierda, armada de un puñal sangriento, alejaba á doce ó quince hombres que se empeñaban en quitarle el puesto. Sus facciones mezquinas y soeces estaban en una especie de convulsion, y sobre su

tez cárdena se veían varias manchas de sangre. Oí que hablaba de una *providencia general* para salvar el bajel, y que los marineros le contestaban con agudos alaridos.

Entre tanto un eco sordo anunciaba ya la tormenta; los relámpagos cruzaban las nubes hacinadas á manera de montañas. Al sonido del trueno se juntaban el silbido de los torbellinos, el crujido de la embarcacion, que unas veces subía á las estrellas, y otras se hundía en lo mas profundo del océano; los lamentos de los viageros, el estruendo y hervir de las olas, y lo que era peor, los clamores sanguinarios del piloto, y los fieros aplausos de los marineros. De repente aquella gavilla infame se arroja sobre nosotros, armada de cuchillos, los clava en el seno de las mugeres, de los ancianos y de los niños, y arroja al piélago enfurecido sus cuerpos palpitantes. O desola-



cion! ó espectáculo espantoso!.... Pero entre aquellas escenas bárbaras vi sobresalir las virtudes mas heroicas: una hija estrechaba en sus brazos y cubría con su cuerpo á su venerable padre, presentando descubierto á los verdugos su hermoso pecho. Qué desenfreno! le clavaron su espada, y traspasaron de un golpe dos corazones tan unidos. Una tierna esposa se arrojaba á las olas, por no desamparar el cuerpo de su consorte. Dos amigos competían por el honor de morir el uno por el otro, y no encontraban sinó en la muerte de entrambos el fin de su noble porfía. Un padre se ofrecía á los asesinos en cambio de su hijo, salvando con esto lo que estimaba mas que su propia vida. Así junto á lo mas monstruoso de la naturaleza, la Providencia había colocado lo mas grande y augusto que ella puede producir.

Por no sé que casualidad prodigiosa

escapé del cuchillo de los matadores, pues aunque varias veces me habían cercado y amenazado con sus puñales, sin embargo, como si hubieran visto en mi frente algun carácter sagrado, habían huido siempre con horribles imprecaciones.

Cuanto mas se embravecía la tempestad, tantas mas víctimas sacrificaban el piloto y sus satélites. De repente un gran silencio reinó en la naturaleza y en la embareacion: un relámpago espantoso, á manera de columna de fuego, se disparó de las nubes, cayó y se precipitó sobre la cubierta. El piloto trató de huir, y quedó consumido; y los mas de los marineros fueron á parar de un vuelco á las olas. El susto desvaneció mi sueño ó vision; y trasudando, con los cabellos encrespados y el pulso alborotado, me encontré en un cuarto del Temple.

Me habían encerrado, y al dia si-